

Sus pábilos en hilera
 simulan negro rosario;
 por la torcida escalera
 baja el cuervo al santuario.

Frente al sagrario se hinca,
 el agudo pico tiende;
 y, lámpara azul, se enciende,
 tremulante, la pervinca.

Salgamos: la muda selva
 derrama dulce beleño,
 y esparce la madre selva
 su apacible olor de sueño.

Cierran las flores sus broches;
 calla la breve campana:
 flores nuevas, buenas noches;
 Musa azul, hasta mañana.

LA SERENATA DE SCHUBERT

I

¡Oh, qué dulce canción! Limpida brota
 esparciendo sus blandas armonías,
 y parece que lleva en cada nota
 ¡muchas tristezas y ternuras mías!
 ¡Así hablara mi alma, si pudiera!
 ¡Así dentro del seno,
 se quejan, nunca oídos, mis dolores!
 Así, en mis luchas, de congoja lleno,
 digo á la vida: —Déjame ser bueno
 ¡Así sollozan todos mis amores!

¿De quién esa voz? Parece alzarse
junto del lago azul, en noche quieta,
subir por el espacio, y desgranarse
al tocar el cristal de la ventana
que entreabre la novia del poeta.

¿No la oís como dice: "hasta mañana?"

¡Hasta mañana, amor! El bosque espeso
cruza, cantando, el venturoso amante,
y el eco vago de su voz distante
decir parece: "¡hasta mañana, beso!"

¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
¿Por qué la novia queda en la ventana,
y á la nota que dice: "¡hasta mañana!"
el corazón responde: "¿quién lo sabe?"

¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡Qué azules brincan las traviesas olas!
En el sereno ambiente ¡cuánta luna!
Mas las almas ¡qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata
de la atmósfera tibia y transparente,
como una Ofelia náufraga y doliente,
¡va flotando la tierna serenata!...

Hay ternura y dolor en ese canto,
y tiene esa amorosa despedida
la transparencia nítida del llanto,
¡y la inmensa tristeza de la vida!

¿Qué tienen esas notas? ¿Por qué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan;
sueños amantes que piedad imploran,
y como niños huérfanos se quejan

Bien sabe el trovador cuán inhumana
para todos los buenos es la suerte,
que la dicha es de ayer... y que "mañana"
es el dolor, la obscuridad, ¡la muerte!

II

El alma se compunge y estremece
al oír esas notas sollozadas...
¡Sentimos, recordamos, y parece
que surgen muchas cosas olvidadas!

.....

¡Un peinador muy blanco y un piano!

Noche de luna y de silencio afuera...

Un volumen de versos en mi mano,
y en el aire ¡y en todo! primavera.

¡Qué olor de rosas frescas! en la alfombra,
¡qué claridad de luna; qué reflejos!

¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
y la muerte, la pálida, qué lejos!

En torno al velador, niños jugando...

La anciana, que en silencio nos veía...

Schubert en tu piano sollozando,

y en mi libro, Musset con su "Lucía."

¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!

¡Cuántos hermosos versos! ¡Cuántas flores!

En tu hogar apacible, ¡cuánta calma!

Y en mi pecho, ¡qué inmensa sed de amores!

Y todo ya muy lejos. Todo ido.

¿En dónde está la rubia soñadora?

Hay muchas aves muertas en el nido,

y vierte muchas lágrimas la aurora.

Todo lo vuelvo á ver... ¡Pero no existel

Todo ha pasado ahora... ¡Y no lo creo!

Todo está silencioso, todo triste...

y todo alegre, como entonces, veol

Esta es la casa... ¡Su ventana aquélla!

Ese, el sillón en que bordar solía...

La reja verde... y la apacible estrella
que mis nocturnas pláticas oía!

Bajo el cedro robusto y arrogante,
que allí domina la calleja oscura,
por la primera vez y palpitante
estreché con mis brazos su cintural

Todo presente en mi memoria queda
La casa blanca, y el follaje espeso...

El lago azul... El huerto... La arboleda,
donde nos dimos, sin pensarlo, un beso.

Y te busco, cual antes te buscaba,
y me parece oírte entre las flores,
cuando la arena del jardín rozaba
el percal de tus blancos peinadores.

Y nada existe ya. Calló el piano...
Cerraste, virgencita, la ventana...
y oprimiendo mi mano con tu mano,
me dijiste también: "hasta mañana".

¡Hasta mañana. Y el amor risueño

no pudo en tu camino detenerte!...
 Y lo que tú pensaste que era el sueño,
 fué sueño, ¡pero inmenso! ¡El de la muerte!

III

Ya nunca volveréis, noches de plata!
 ni unirán en mi alma su armonía,
 Schubert, con su doliente serenata
 y el pálido Musset con su "Lucía."

A LA CORREGIDORA

Al viejo primate, las nubes de incienso;
 al héroe, los himnos; á Dios, el inmenso
 de bosques y mares solemne rumor;
 al púgil que vence, la copa murrina;
 al mártir, las palmas; y á ti—la heroína—
 las hojas de acanto y el trébol en flor.

Hay versos de oro y hay notas de plata;
 mas busco, señora, la estrofa escarlata,
 la estrofa de sangre, la estrofa oriental:
 y húmedas, vivas, calientes y rojas,
 á mí se me tienden las trémulas hojas
 que en gráciles redes columpia el rosal.

¡Brotad, nuevas flores! ¡Surgid á la vida!
 ¡Despliega tus alas, gardenia entumida!
 ¡Botones, abríos! ¡Oh mirtos, arded!
 ¡Lucid, amapolas, los ricos briales!
 ¡Exúberas rosas, los pérsicos chales
 de sedas joyantes al aire tended!

¿Oís un murmullo que, débil, remeda
 el frote friolento de cauda se seda
 en mármoles tersos ó limpio marfil?
 ¿Oís?... ¡Es la savia fecunda que asciende,
 que hincha los tallos y rompe y enciende
 los rojos capullos del príncipe Abril!

¡Oh, noble señora! La tierra te canta
 el salmo de vida, y á ti se levanta
 el germen despierto, el núbil botón,
 el lirio gallardo de cáliz erecto,
 y fúlgido, leve, vibrando, el insecto
 que rasga impaciente su blanda prisión!

La casta azucena, cual tímida monja,
 inciensa tus aras; la dalia se esponja
 como ave impaciente que quiere volar;
 y astuta, prendiendo su encaje á la piedra,
 en corvos festones circunda la yedra,
 celosa y constante, señora, tu altar!

El chorro del agua con ímpetu rudo,
 en alto su acero, brillante y desnudo,
 bruñido su casco, rizado el airón,
 y el iris por banda, buscándote salta
 cual joven amante que brinca á la alta
 velada cornisa de abierto balcón.

Venid á la fronda que os brinda hospedaje
 ¡oh pájaros raudos de rico plumaje;
 los nidos aguardan; venid y cantad!
 Cantad á la alondra que dijo al guerrero
 el alba anunciando: ¡Desnuda tu acero,
 despierta á los tuyos... Es hora... Marchad! (1)

(1) Esta poesía fué la última que escribió Gutiérrez Nájera. Es de 1895, año en que murió el poeta, aún joven, en la capital de su patria, México.

LA CENA DE NOCHE-BUENA

Acercáos á la mesa,
mis recuerdos, porque os llamo,
id saliendo de la huesa,
muertecitos que yo amo.
Cosas idas, cosas muertas,
ilusiones ya perdidas,
acercáos á mis puertas,
cosas muertas, cosas idas.
De la cena preparada,
el salón está vacío,
cae muy triste la nevada,
tengo miedo, tengo frío.
Convidados á mi cena,

muertecitos que yo amo,
acudid á mi reclamo,
que esta noche es Noche-Buena.
Está abierta mi ventana
y la lluvia la salpica,
mientras oigo la campana
que repica.
Buen amigo, pobre hermana,
de mi casa los ausentes,
venid todos tan aprisa,
como á esta hora van á misa
los creyentes.

*
**

Pobre hermana que te fuiste,
si vivieras todavía,
cuando siento mi alma triste,
¡cuántas cosas te diría!
Ven, y pronto, ven ahora.
Cuando llegue la mañana
y á la misa de la aurora
llame lenta la campana,

terminada ya la cena,
 podrás irte, podrás irte,
 y tendremos que decirte:
 ¡Hasta la otra Noche-Buena!
 Pero ahora, mi hermanita,
 reina aún la noche oscura,
 deja, pues, ¡oh, muertecita!
 tu callada sepultura.

*
 **

Son las doce. Jesús nace...
 Vuelvo el rostro al Nacimiento,
 y la cera se deshace
 combatida por el viento.
 Nadie cuida á los pastores,
 nadie canta villancicos,
 ni á la Virgen llevan flores
 los ancianos y los chicos.
 En el heno blanco y yerto
 está el Dios recién nacido,
 y al mirarlo allí dormido,
 me parece que está muerto.

¡Fe de niño, ven al punto!
 Que tu voz me purifique...
 Y no viene, y me pregunto:
 ¿Por qué dobla ese repique?

*
 **

Del árbol en las ramas,
 mil velas arden,
 ¡que no tarden los niños,
 que no se tarden!
 ¿Por qué no vienen,
 si aquí tantos juguetes
 y dulces tienen?

Esta espada de acero
 para el más grande,
 y soldados de plomo
 á quienes mande.

Y esta muñeca rubia
tan bien vestida,
para la niña blanca,
bien de mi vida.

Ya veréis cómo gritan
los muy traviosos,
y cómo los devora
su madre á besos.

Pero el árbol se apaga,
¡ninguno llega!
Y en la desierta alcoba
¡ni un niño juega!

*
* *

Seres que venís de lejos,
ansían vuestros cariños

los que tienen padres viejos
y no tienen hijos niños!
¡Con qué impaciencia os imploro
para mezclar con mis manos,
vuestros ricitos de oro
entre sus cabellos canos!
¡Amor que ennoblece y salva,
ven pronto á mi hogar estrecho,
que ya á la misa del alba
están tocando en mi pechol

*
* *

Mis viajeros pequeñitos,
mis ausentes adorados,
los humildes muertecitos
á mi cena convidados;
ya regresan de la misa
los devotos, los creyentes...
¡Mis amigos, mis ausentes,
daos prisa, daos prisa!
Dejad ya con planta breve,
vuestro místico palacio;

caminando tan despacio
 vendréis yertos por la nieve!
 Mi esperanza que os desea
 como niña pobrecilla,
 en la blanca chimenea
 puso ya la zapatilla.
 Oír pienso vuestro paso,
 quiero ver y no me atrevo,
 ¡dejad pronto sobre el raso
 mi regalo de año nuevo!

*
**

¡No doblan las campanas,
 no, que repican!
 ¡Plumas de alondra llueven
 no nieve fría!
 Dios ha nacido.
 ¡Jesús no yace muerto,
 que está dormido!

*
**

Casta ilusión que me alientas,
 sueño de dicha sereno,
 si á mi cena te presentas,
 seré bueno, seré bueno.
 Ya no vacilo ni dudo;
 no miro mi hogar desierto,
 ni viendo al niño desnudo
 me imagino que está muerto.

Vive; con dulce sonrisa,
 entre sencillos pastores,
 ve á los que vuelven de misa
 trayéndole muchas flores.
 No pienso con desconsuelo
 en los seres ya perdidos...
 ¡mis muertecitos queridos
 están cantando en el cielo!
 ¡El alba tibia clarea,
 Venus en Oriente brilla!
 ¡Dejemos la zapatilla
 en la blanca chimenea!